

van escurriéndose las parejas en movible bóveda humana, de una a una con la levedad del pez».—MILTON ROSSEL.



COMPRENSIÓN DE DOSTOIEWSKY Y OTROS ENSAYOS, por Ricardo Baeza.—Editorial Juventud, S. A., Barcelona.

Como un mensaje del espíritu agudo y culto de don Ricardo Baeza, vinculado al país por el recuerdo de su misión diplomática, nos llega éste su último libro. Lo mismo que su libro anterior: «En compañía de Tolstoi», está formado por una serie de ensayos que ya fueron publicados en revistas y diarios españoles, casi todos ellos de carácter literario. Como los temas que enfoca van más allá del interés circunstancial del lector transeúnte, pues ahonda en ellos con espíritu crítico y filosófico, dándoles valor trascendente, ha hecho bien en compilarlos y el calificativo de ensayo que les da responde a las características que este género tan de actualidad tiene en literatura y cuya producción en España se anota aciertos dignos de los ensayistas ingleses, franceses o alemanes. A los nombres ya popularizados, entre la gente culta, de Ortega y Gasset, Pérez de Ayala, Marañón y Ramiro de Maetzu, debemos agregar el de Ricardo Baeza, que con este libro y sus anteriores adquiere personalidad literaria con obras propias, después de haberla adquirido como traductor impecable.

«Comprensión de Dostoiewsky» es el primer ensayo que encontramos sirviendo de título al libro y acaso el de mayor interés. Baeza analiza en este estudio las dificultades que se presentan a los occidentales para comprender los libros del genial ruso, «debido a la diferencia espiritual específica que hay entre Rusia y el Occidente europeo». Si ubicáramos este espíritu occidental europeo en Francia, la antítesis se hace más patente y tangible, pues nada hay más opuesto a la claridad, síntesis e

ironía de la expresión del pensamiento francés que el espíritu atormentado, subterráneo, místico que encontramos en los libros rusos, como exteriorización de sus características raciales. A la claridad mediterránea, tenemos que oponer la nebulosidad nórdica, polarizadas en Francia y Rusia, respectivamente.

Creo Baeza que es España el país de Europa que está mejor dispuesto para comprender a Dostoiewsky, pues encuentra afinidad étnica en ambos, ya que el Oriente se prolonga en los dos países; Asia en Rusia y Africa en España. Anota Baeza con agudeza y claridad las semejanzas y diferencias que hay entre estos dos tipos raciales. Una diferencia capital que vamos a anotar, porque también nos conviene la profunda observación de Baeza, es aquélla que se refiere a lo religioso. Rusia es un pueblo religioso hasta lo profundo del alma y esencialmente cristiano, con trasportes místicos que llegan al paroxismo. Su comunismo es una manera de manifestar su espíritu místico. En cambio el español, y nótese bien la diferencia, más que religioso y cristiano es un pueblo clerical, 'frailero, católico, romano, papista . . . De ahí las cualidades de su clero, las que encontramos reproducidas en el nuestro, más con vista a lo humano y terrenal que a lo divino y celestial.

Entre otros factores que contribuyen a dificultar la comprensión de Dostoiewsky, tenemos aquéllos que nacen de la densidad ideológica y del *dramaticismo* de que está saturada toda su producción novelesca; sabido es el conocimiento que Dostoiewsky tenía del alma, diseccionándola en forma tal que resulta como el descubridor del subconsciente y de la psicoanálisis, que tan de moda ha puesto Freud. Ya Nietzsche había dicho que Dostoiewsky es su maestro de psicología. Nosotros podemos agregar, por nuestra parte, que aprendemos más psicología de la edad juvenil leyendo «Un adolescente» que cualquier tratado de psicología. Una vez más se comprueba aquello de que el artista, con el poder misterioso de su intuición, se adelanta a muchos descubrimientos o investigaciones científicos.

Estudia finalmente Baeza algunos aspectos que se refieren a la vida privada de Dostoiewsky y que guardan relación con sus actividades literarias.

De los ensayos siguientes merecen citarse: «Emilio Zola, Gabriel Miró y Azorín y la generación del 98», sin que esto signifique falta de interés en los restantes. Son los nombrados los que más nos interesaron y en los cuales Baeza ahonda con mayor amplitud crítica. Reivindica para Zola el lugar eminente que le corresponde en la novela del siglo XIX. Sabido es cuanto se ha denigrado a Zola, calificándolo, con criterio simplista y de sacristía, de pornógrafo. La verdad es que Zola buceó en la libidine con un espíritu tan honesto y científico como los que hoy se dedican a tal especialidad, y cuya trascendencia para el cabal conocimiento de los misterios de la vida humana nadie se atrevería a negar. Como Dostoiewsky, resulta Zola algo así como un vidente de lo que Freud habría de revelar con tanta audacia y exageración.

En el estudio que dedica a Gabriel Miró, encontramos a Baeza ejerciendo la crítica literaria con amor, con espíritu cordial, con simpatía, como la quería Guyau, para poder llegar a «comprender» al autor estudiado. No hace de policía ni de censor severo, predispuesto a la sanción implacable; tampoco sus juicios son precipitados y ligeros, coronados de ditirambos vacuos. Analiza, cala hondo, no como gramático o dómine, sino como artista que es capaz de valorizar la obra ajena y de vibrar con ella como con la propia. Estudia ampliamente el estilo de Miró y concluye calificándolo como el mejor estilista de habla española. Al revelarnos las excelencias estilísticas de Miró, escribe Baeza las siguientes frases, que no resistimos a la tentación de reproducir íntegras para que sirvan de guía a los aprendices de estilista y no sólo a los aprendices; «La primera que requiere nuestra atención es la medida verbal, que, no obstante el vocabulario riquísimo, le guarda del nefasto prurito de exhibir a tuertas y a derechas su opulencia. Así, pese a la abundancia de

descripciones, no podría señalarse una sola cuyo motivo central fuere la exposición de aquel caudal. (Bien al revés de algunos de sus más celebrados contemporáneos en cuyas páginas, y aun de las más famosas, podrían apuntarse no pocas sin más razón de ser que el muestrario léxico (Garrido Merino, entre nosotros). Secuela de esta virtud es que las palabras tengan en él una vida íntegra y radical: jardín de aclimatación y no herbario, como en algunos de aquellos otros aludidos, en que se las adivina arrancadas violentamente de los lexicones para ser engomadas sobre la página». En Miró, según apunta nuestro autor, «hay una exquisita aleación de lo antiguo y cercano; la nobleza y la profundidad de lo antiguo, que nos ahonda las raíces en el pasado, unidas al ímpetu y la gracia y la susceptibilidad de lo moderno». Perfecta educación equidistante de lo arcaico y de lo snob, y como resultado un estilo *vívido, humano*. Así lo comprendió Cervantes en su tiempo, de suerte que es inopia mental imitar ahora el estilo cervantesco, como lo hacen algunos académicos anquilosados.

De carácter polémico encontramos el ensayo sobre Azorín y la generación del 98. Cosa curiosa, Baeza refuta al propio Azorín algunas apreciaciones despectivas de éste sobre la generación de la cual fué él uno de los principales corifeos. Afirma Baeza que esa generación jalona una etapa de la evolución de la sensibilidad y del pensamiento españoles; se vincula a Europa, mira hacia el occidente; vivía España en un aislamiento egoísta y funesto, africanizándose. Los juicios que formula acerca de la literatura española del siglo XIX son severos, pero justos, pues los abona con pruebas claras, contundentes, casi irrefutables. La literatura española de ese siglo es mediocre si se le compara con la francesa, inglesa o alemana del mismo tiempo, especialmente en el teatro y en la poesía lírica. En la lírica se salva Bécquer, quedando distanciado de su maestro Heine y de cualquiera de los grandes poetas franceses o ingleses. Campoamor y Núñez de Arce, que aun gozan de prestigio entre nuestros profesores de

segunda enseñanza, no merecen el calificativo de poetas; rimador amable y de salón el primero, orador en verso el segundo. Así lo calificamos en cierta ocasión, en medio del estupor de algunos maestros. Es grato ver confirmado este juicio por una opinión tan autorizada como lo es la de Baeza. En la novela se salvan varios nombres, especialmente Galdós, quedando de todas maneras por debajo de los grandes maestros de la novela: Dostoi-ewsky, Tolstoi, Flaubert, Balzac, Dickens, etc. Como estilista, el único que puede considerarse como tal es don Juan Valera.

«Con la generación del 98—dice Baeza—nace el estilo personal; deja de haber un buen estilo académico, un estilo patrón, para cada escritor adquirir un estilo propio». A la producción teatral apenas si se le concede una mínima importancia. El teatro moderno en España se inicia con Jacinto Benavente. Son elogiosos los juicios que formula al referirse a este autor; lo salva de la acusación de plagio, diciendo que sólo se trata de influencias. «No hay que confundir—dice—la influencia con el remedo y el plagio. Sólo el artista ya petrificado es rebeide a las influencias; el verdadero artista revélase precisamente en su susceptibilidad a las influencias y a su aprovechamiento de ellas». Que estas palabras sirvan para refutar a cierto catedrático y escritor chileno de merecido prestigio literario, que dice que toda la obra de Benavente, incluso «La Malquerida», es plagio, haciendo seguramente la confusión a que se refiere Baeza.

Desearíamos continuar el comentario de los otros ensayos; pero ello excedería de los límites de una mera nota bibliográfica. Baste decir que todo es interesante y enjundioso en este libro; nada hay en él superfluo, así en el fondo como en la forma, pues el estilo de Baeza es de sobria elegancia.—MILTON ROSSEL.

